Viernes, 3 de febrero de 2017
"Gloriarse en las tribulaciones"

Rom 5,1-5

Justificados, por tanto, por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos acceso en virtud de la fe a esta gracia en la que permanecemos, y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de Dios. Pero no sólo esto: también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza. Una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado.

Realmente es un reto gloriarse en las tribulaciones, pues más bien tendemos a huir de las tribulaciones, y ésta es una reacción entendible. ¿Quién busca deliberadamente la tribulación? Por eso estas palabras de San Pablo inicialmente nos resultan extrañas, mientras que nos resulta mas fácil comprender el „gloriarnos en la esperanza de la gloria de Dios".

Para comprender este reto y enfrentarse a él de manera correcta, hay que tener una mirada sobrenatural, es decir, observar las cosas desde la perspectiva de Dios. Solo así podremos acercanos a comprender lo que San Pablo quiso dar a entender a los cristianos de Roma y también lo que nos quiere decir a nosotros.

Para acercarnos a comprender esta afirmación, conviene tener presente la distinción teológica entre la voluntad activa de Dios y su voluntad pasiva, es decir, aquello que permite que suceda. En su voluntad activa Dios siempre quiere lo mejor para nosotros, así como por ejemplo es evidente que Dios no quiso el pecado original ni las consecuencias que éste trajo consigo.

¡Dios nunca quiere el mal!

Pero en vista de que el mal entró en el mundo y no puede ser simplemente eliminado, Dios utiliza ese mal para servir al hombre. Este es un aspecto especial

de su omnipotencia: que puede usar nuestros extravíos e incluso nuestro pecado integrándolos en su plan de salvación. Por supuesto que esto no significa que podamos pecar y que no importa que nos extraviemos; significa, más bien, que Dios puede valerse hasta de estos males para el bien de aquellos que quieren seguirlo.

Es importante que tengamos presente este pensamiento para comprender correctamente la afirmación del Apóstol. Evidentemente Dios no quiere que seamos atribulados, que suframos interna o externamente, que tengamos que padecer enemistades por parte de otras personas... Pero Él se vale de estas circunstancias para el bien de los suyos. Si con la ayuda de Dios soportamos la tribulación, especialmente cuando la padecemos por su causa, entonces crecemos en una maravillosa virtud, que es la paciencia. Y este fruto es tan valioso que uno hasta es posible gloriarse en las tribulaciones que Dios ha permitido, pues han sido el medio por el cual ha surgido algo tan importante.

Esta es una perspectiva muy espiritual y normalmente presupone una profunda relación con Dios. Se entra, por así decir, en una nueva apreciación de la realidad, pues ya no se está enfocado solamente en rechazar el mal, sino que en medio de la situación se dirige la mirada a Dios y a las intenciones que pueda tener Él al permitirla.

Podremos comprenderlo mejor con este ejemplo concreto. Todos nosotros estamos sujetos a distintas enfermedades. En el momento en que entra una enfermedad a nuestra vida podríamos estar todo el tiempo ocupados en buscar la forma de deshacerse cuanto antes de este mal. Ahora bien, sin dejar a un lado los esfuerzos legítimos para recuperar la salud, la enfermedad puede convertirse en una escuela de paciencia y de confianza, si se la recibe como proveniente de la mano de Dios.

La enfermedad nos puede enseñar tantas cosas: por ejemplo, a aceptar nuestra fragilidad; a tener más presente lo pasajero de la vida; a conocer nuestro comportamiento ante ella, es decir, si nos quejamos mucho, si somos muy exigentes con los demás, si somos impacientes, si con nada nos contentamos, si tendemos a acusar, etc...

Una persona que no vive espiritualmente podría justificar sus falsas actitudes con la misma enfermedad, aunque éstas que no proceden de la enfermedad como tal sino del manejo que se le da.

Para una persona espiritual esto es diferente. Él sabe que si Dios ha permitido esta enfermedad es porque podrá sacar frutos de ella. Si en la enfermedad ha aprendido a trabajar en sus falsas actitudes y las ha superado al menos en parte, entonces él se ha hecho mejor de lo que era antes de la enfermedad, y Dios se valió de esta tribulación para conducirlo hasta ahí.

Pero el fruto no se acaba ahí, sino que la lectura nos muestra que la paciencia que surgió al soportar la tribulación lleva a la virtud probada. Esto significa que aprendemos a tomar siempre la actitud correcta frente a las dificultades de la vida y nos estabilizamos interiormente. Entonces cuando aparecen las tribulaciones ya no caemos en desesperación, sino que permanecemos cimentados en Dios. ¡De esta manera también somos fortalecidos para el combate espiritual!

Entonces la tribulación fortifica también nuestra esperanza, una esperanza puesta en Dios que no se pierde nunca y que no nos deja sucumbir. Sea lo que sea que llegue a nuestra vida, la esperanza como virtud teologal nos enseña que el Señor siempre está ahí, que todo está en sus manos y que Él llevará todo a buen término.